

**Enrique González Rojo Arthur, Raúl Leiva y  
Eduardo Lizalde. —LA TIERRA DE CAÍN. —Ideas de  
México. —México, 1956.**

La revista Ideas de México inicia con este librito una serie de publicaciones de carácter literario.

Son tres poemas con un asunto común: el de la discriminación racial en algunos Estados de Norteamérica. No podía ser de mayor actualidad esta protesta que los tres poetas ensayan, ahora que las actitudes de desdén vuelven a mostrarse, inclusive en contra de las decisiones de la Suprema Corte de los Estados Unidos.

**El negrito Emmet Till** es el título del poema de González Rojo. González Rojo, una de cuyas primeras salidas al campo de la poesía fue con un libro que nosotros censuramos —Dimensión Imaginaria— ha ganado sin duda alguna una gran calidad y una eficacia muy notable. Ya no se trata del poeticismo, como en aquel volumen inicial, sino de poesía directa, en que las palabras mientan sin rodeos —con el rodeo mínimo exigido por la urgencia de su mensaje— las cosas que están en el ánimo del poeta, y que ingresan al poema sin esfuerzo.

Esta composición de González Rojo está concebida como un relato. Se cuenta, simplemente, lo que le aconteció al negrito Emmet Till, quien pagó con su vida la osadía de dedicar un silbidito de admiración a una señora blanca. El relato empieza con la escena en la calle: "Los primeros faroles destruían la tarde. / La calleja —sí, la vieja y sucia— se quedaba sin niños. Todos ellos, / barnizados sus labios con el hambre, / buscaron los rincones y los lechos..." Después de trazar

esta decoración, el poeta introduce a los personajes. Desde este momento empieza a notarse algo que ha de ser constante característica del poema: cierta intención irónica, cierta forma de burla no expresa, sino insinuada apenas, para el blanco. Cuando aparece la mujer, viene acompañada por quien va a ser el asesino. Pero la personalidad de éste —turbio hombre sin perfil, masa apenas diferenciada— no se distingue apenas, opacada por la suntuosidad de la hembra: "El hombre era accesorio, / una sombra tal vez, / un hueco indiferente, / un borrón en la página ambulante. / Ella, dándole el brazo, balanceaba su cuerpo". El hombre va orgulloso, luciendo su conquista, y el poeta —juez en este caso— descubre ante nosotros de pronto la vanidad de aquel orgullo: el hombre no es nada; y descubre, tal vez, el origen oculto del crimen: la conciencia de no ser nada. En seguida, González Rojo dibuja a la mujer. Utiliza los detalles estrictamente necesarios para dar idea de la provocación a los sentidos que aquel cuerpo lanzaba: "Esas piernas. Habrá que detenerse. / Lentamente, despacio hay que decirlo: / las piernas, la tersura caliente de esas piernas..." Y más adelante, acude Emmet Till al cuadro. Es un niño ya casi adolescente. Sus noches empiezan a recibir los desasosiegos de un deseo todavía sin objeto preciso. Ve a la mujer, experimenta la sacudida inevitable, y viene "...el fuetazo sonoro de un silbido / lleno de admiración..." Parece que nada ha sucedido. Todo sigue su curso. El negrito va a su casa, la calle está tranquila. El hombre, el propietario —así lo llama G. R.— sólo había mirado al muchacho, sin castigarlo. Pero van a buscarlo dos señores. Y llega la escena del asesinato, en que otra vez el poeta se burla —iracundo— de los asesinos: "Primero un puñetazo de

gorila: / un alarde de técnica. / ¡Qué precisión! El golpe no fue brusco: / supo guardar, con arte, las distancias". Este lenguaje de crónica deportiva acentúa con vigor aquella debilidad del hombre blanco, que G. R. había esbozado en los primeros versos del poema. Es un lenguaje que procede de un análisis hecho por el poeta, de los mecanismos mentales que conducen al crimen. Se trata, para el criminal, de una hazaña sin contexto ético. Es un hacer plausible, una prueba de destreza; y hay más: el hombre siente que sobre él convergen alabanzas como las que lee en los periódicos, referidas a los pugilistas de la hora. Piensa en términos de periódico, en "clichés" acuñados por cronistas cuyo trabajo, más allá de todo efecto inmediato, causa la despersonalización de sus lectores. El hombre es un hombre que vive de frases hechas, que goza cuando su actitud coincide con el contenido de alguna de esas frases. Un "nadie" que pide prestado su ser a los *slogans* publicitarios.

Y ahí termina todo. "Unos años después, / los jueces absolvieron a los hombres".

El poema de Leiva es de menor tamaño. El asunto es el de Autherine Luey, la joven estudiante de Alabama que no fue admitida en la Universidad a causa del color de su piel. Es una requisitoria en contra de los estudiantes blancos en Alabama y una promesa de justicia a la muchacha negra. Buen poema, no tiene sin embargo los valores que ha conseguido Leiva en otros trabajos de mayores proporciones como en su **Danza para Cuauthémoc**.

Eduardo Lizalde se refiere al mismo tema. Tiene algo de la ironía de González Rojo, pero menos constante, porque a él lo guía, sobre todo, el enojo ante la discriminación. Empieza hablando de las hazañas de

los estudiantes de Yucatán, de España, de Guatemala, en pro de sus libertades. Y compara luego la actitud de los estudiantes de Alabama, a quienes dedica la poesía iracunda, despectiva, única que le inspiran. Y en segunda viene la parte más bella del poema, cuando dice: “Aquí te defenderemos, Autherine, / nuestra pluma tendrá la persistencia / del agua que en el arrollo /golpea sobre la roca / su necio canto de una misma arruga: / húmedo cascabel, sirena líquida, / pájaro sumergido, luz con laringe, / violín de una sola cuerda, / garganta de una sola vocal, tambor lejano, / noche de un solo grillo”. Poesía joven, libre de lugares comunes, la de Lizalde.

**S. R. N.**